

La responsabilidad catequética de la Iglesia. «Catechesi Tradendae», treinta años después

Jacques Audinet¹

Permítanme, para comenzar, expresar mi asombro y también mi gusto por encontrarme aquí y poder conversar con ustedes sobre cuestiones de catequesis. Tengo la impresión de ser como un dinosaurio un poco perdido en el tiempo, que viene a curiosear en los bosques contemporáneos. Y puedo decir que ustedes también tienen pleno derecho a asombrarse al ver llegar un animal de otra época. Espero que esto no sea demasiado pesado para ustedes. Debo mi presencia en este Coloquio al Director del ISPC, quien me insistió que estuviera presente, con ocasión del trigésimo aniversario de la publicación de «Catechesi Tradendae». Este texto centrará nuestra atención en tres momentos: primero el texto y su contexto; luego, el texto previo, es decir, en el que descansa el texto y lo que implica; por fin, lo que hay después del texto, o sea lo que se abre tras él.

EL TEXTO Y SU CONTEXTO

El Sínodo sobre la catequesis

El director del ISPC insistió en este tema por algunas razones. En efecto, resulta que fui miembro de la comisión preparatoria del Sínodo de 1977 y

¹ Profesor emérito del Instituto Católico de París.

participé en el mismo. «Catechesi Tradendae» es la continuación, ya que como ustedes saben, se trata de una «Exhortación Apostólica» que recoge de nuevo los trabajos del Sínodo. Es un texto que llega al final de un largo proceso: preparación del Sínodo por el envío del cuestionario a todos los episcopados del mundo, la redacción de un documento preparatorio que sirviera de «lineamenta», base para las discusiones del Sínodo, síntesis antes de ser enviado a los participantes del Sínodo, y conclusiones del Sínodo enviadas al Papa. En el caso del Sínodo sobre la catequesis, la redacción del «Mensaje de los obispos al Pueblo de Dios sobre la catequesis», y por fin la publicación, por el Papa, del texto «Catechesi Tradendae». Entre tanto, en el caso del Sínodo del 77, se produce el fallecimiento del Papa Pablo VI que lo había preparado y presidido. Su sucesor, Juan Pablo I tuvo un pontificado muy breve. Juan Pablo II concluirá el texto cuyo trigésimo aniversario evocamos hoy. Juan Pablo II había tomado parte activa en la preparación, ya que, el entonces Cardenal Wojtila, había sido presidente de la comisión preparatoria y siguió todo el proceso.

Mi intención no es hacer la historia de este texto, sea la historia anecdótica o la de perspectivas más amplias; esto ya se hizo y se continuará en el futuro. Este texto forma parte de la lista de textos oficiales sobre la catequesis, a decir verdad, no muy numerosos, en la Iglesia Católica. Podemos pues mirarlo como un momento de la historia de la catequesis, un hito, una señal que indica el camino. Han pasado treinta años que nos permiten dar una mirada en perspectiva. A partir del punto donde estamos hoy, ¿qué podemos entender de este texto de modo que saquemos provecho de él? ¿Qué línea podemos trazar que sirva de puente en estos treinta años?

Treinta años

Treinta años, poca cosa en comparación con la historia del mundo y de la medida bimilenaria de la historia cristiana. ¿En qué mundo estábamos entonces, en 1977, en el momento del Sínodo, o en 1979, cuando aparece «Catechesi Tradendae»? ¿Es el mismo mundo que el de hoy? Sí, por supuesto, y sin embargo no. Tratando de recordar aquella época, me vienen

a la mente dos cosas que simbolizan bien las diferencias. Hace treinta años no existía Internet; en cambio, el muro de Berlín todavía estaba en pie. Estos dos elementos muestran simplemente que vivíamos en otro espacio político, social y cultural, e incluso religioso.

Espacio político y social. El mundo estaba dividido en dos y el conflicto entre las dos grandes potencias estructuraba la existencia tanto de los individuos como de las naciones. Las relaciones cercanas así como internacionales estaban reguladas por el conflicto fundamental de la guerra fría. Este conflicto imperaba sobre todos los demás: la descolonización, el surgimiento de nuevas naciones, los movimientos revolucionarios. La vida de millones de seres humanos dependió, durante décadas, de esta bipolaridad; o se estaba de un lado o del otro, lo cual implicaba también las convicciones y los comportamientos. Más allá de los dos grandes poderes, lo que se llamaba entonces el Tercero Mundo, era el centro de su rivalidad, el terreno de despliegue de su acción; se trataba de un espacio internacional pero estrictamente demarcado, con las fronteras bien definidas, y con ellas el papel del poder y de las autoridades. Las fronteras se revelaban como factores de identidad y de seguridad; así, cada uno sabía dónde estaba. «Terro-rismo» era una palabra desconocida; la ilusión afirmaba que «la emigración» era un fenómeno pasajero; y la palabra «mundialización» no formaba parte del vocabulario en uso. Mayo del 68 había sacudido un poco el dispositivo, pero el orden establecido, político, social y religioso, parecía asegurado para mucho tiempo. En estos años Francia todavía estaba siguiendo el impulso de los treinta años gloriosos (1945-1975). En 1973 fue la primera crisis del petróleo. Eran tiempos de optimismo, años de prosperidad, en los que reinaba la convicción, o mejor la evidencia, de que la miseria iba a retroceder a medida que aumentaba la riqueza. En la lucha por el progreso, cada uno de los protagonistas, el Oeste y el Este, pretendía ser el dueño de las llaves del futuro. Un obispo de Polonia me decía entonces: «Tenemos comunismo para cinco siglos. Habrá que irse acostumbrando. Es cuestión de estrategia, de negociaciones y de ajustes».

Al mismo tiempo, no había a disposición del público nada semejante a Internet. No había PC ni Mac sobre la mesa de un cada uno, ni iPod, ni

teléfono móvil, ninguno de estos instrumentos que habitan con nosotros a diario. La difusión del saber, las tradiciones, las experiencias llevaban su tiempo, se hacían laboriosas. Las comunicaciones no tenían la inmediatez ni la profusión a las que hoy estamos acostumbrados. El espacio también era culturalmente diferente. Escribíamos a máquina, dictábamos al o a la secretaria, expedíamos correos que tardaban semanas, incluso meses, antes de obtener respuesta. Pasábamos muchísimo tiempo en buscar información. No existían Wikipedia o Google. Es decir, que el 'espacio físico' y el cultural parecen estrechos a los ojos de quienes se encuentran inmersos en la informática y el Internet, y, al mismo tiempo, menos confusos. No todo estaba al alcance de la mano; las fronteras intelectuales o culturales estaban bien marcadas; transgredirlas llevaba su riesgo. Las crisis en diversos campos tales como la liturgia, la teología de la liberación, la catequesis, son ejemplos que nos ilustran.

Hablando de la catequesis, en Francia la gran mayoría de los niños se catequizaba en organismos parroquiales o escolares que tenían la solidez del tiempo. Hacía siglos que se catequizaba, desde Vicente de Paúl, y la Comunión solemne, hecha «profesión de fe», constituía uno de los pilares sólidos de la pastoral. La catequesis movilizaba millares de laicos y de esta forma el catecismo de los niños se convertía también en catequesis de adultos. Si había cuestiones o dificultades, pérdida de efectivos, dificultades de comunicación o de lenguaje, pérdida de motivaciones, se consideraban un asunto de pedagogía, de método, de puesta en marcha. Bastaba con ajustar, difundir, crear, formar. De ahí 'la multiplicación' de programas, directorios, líneas de orientación. Igualmente la proliferación de experiencias pedagógicas y, en sentido más amplio, lo que se llamó la 'renovación catequética' o el movimiento catequético. El suelo estaba firme y se sabía qué hacer; todo era cuestión de tiempo, de energía, de buena voluntad... o de voluntad simplemente. El Sínodo reunía cerca de doscientos obispos venidos de todo el planeta, y para algunos no sin dificultades, pues procedían de fronteras prohibidas. Releyendo recientemente la síntesis de sus informes, aparece claramente a la vez la preocupación de la continuidad y la de la apertura. En suma, era lo que había consagrado el Concilio.

El Concilio se había acabado diez años antes; la institución católica parecía sólida; un nuevo Papa acababa de llegar, precisamente de más allá de la frontera radical. Hombre de la comunicación y de los medios de comunicación, su elección conmueve no tanto las fronteras políticas como las culturales. «Catechesi Tradendae» es uno de sus primeros textos. Una buena clave para leerlo consiste en ver cómo articula la estabilidad de lo ya establecido y la novedad que surge; el orden y el movimiento. Les propongo adoptar este punto de vista para su lectura: «Catechesi Tradendae» propone una visión referida a la catequesis clásica e intenta integrar la novedad que le da su valor. Tomemos primero esta visión del texto; luego situémoslo en la larga historia de la modernidad, a fin de ver, en la tercera parte, las cuestiones que se presentan.

Un texto dividido

Cuando se aborda el texto de «Catechesi Tradendae» en una lectura rápida y en cierto modo ingenua y espontánea, nos produce una extraña impresión, la de ser un texto que se desdobra, que está fracturado, un texto dividido. Dicho de otro modo, «Catechesi Tradendae» parece querer trenzar dos hilos, como referirse a dos visiones distintas, incluso opuestas, para no hacer más que un solo y único documento. A propósito de cada uno de los temas desarrollados encontramos un tipo de desdoblamiento del discurso: por una parte, abundan las afirmaciones de principios y normativas; así las expresiones «hay que», «debemos», aparecen más de cincuenta veces (se debe: 32, hay que: 18, en el texto francés autorizado), es decir, casi en cada párrafo; pero al mismo tiempo, les siguen muchos matices, como si la afirmación en los enunciados de principios evocara inmediatamente la diversidad y la complejidad de las situaciones que ya había tenido en cuenta el Sínodo. «Hace falta» y «debemos» van acompañadas casi de otras tantas expresiones como «sin embargo» y «pero». El texto utiliza con fuerza cierto número de imperativos o de evidencias, pero, al mismo tiempo, no puede ignorar que no siempre es así, que las cosas no son tan simples en el día a día. En suma, por una parte los principios y por otra la realidad. El texto intenta conjuntar la visión de principios y la visión empírica, sin llegar a articularlos.

Un ejemplo entre otros: «la especificidad de la catequesis... es hacer madurar la fe y educar al verdadero discípulo de Cristo por medio de un conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de Jesús. Pero en la práctica este orden ejemplar debe tener en cuenta... etc.» (19). Tenemos por una parte «un orden ejemplar de conocimientos sistemáticos» y por otra «situaciones prácticas» que el texto detalla para llegar a binomios: una enseñanza «sistemática» y opuesta a «improvisada», una enseñanza que «se refiere a lo esencial» y no a las «cuestiones discutidas», la «enseñanza completa» que no se queda en el «primer anuncio», una enseñanza «integral orgánica» cuyos aspectos quedan «reducidos en su importancia». Lo vemos: por una parte ordenada, sistemática, centrada sobre lo esencial, íntegra; como opuestas a improvisada, parcial, discutible. (21)

Más aún, las mismas palabras cambian de sentido según estén situadas en uno u otro registro. Así, la palabra «memoria» que designa tanto la técnica de «aprender de memoria» (55) como la «memoria profunda» de la Iglesia (22). Más todavía, la palabra «enseñanza», es tanto la enseñanza de la revelación del Cristo, de la Iglesia, como la acción pedagógica de transmisión del saber. Palabra clave del texto, gracias a un uso polisémico, la palabra enseñanza permite pasar fácilmente de uno a otro registro. En cierta manera, sirve de interfaz e intenta asegurar la unión entre los diferentes registros. La catequesis tiene, así, doble significado: enseñanza tanto desde el punto de vista teológico como pedagógico, se supone que ambos aspectos se completan. Este tipo de dualidad del texto muestra que algo se avecina; que la visión de principios, única y homogénea, de la catequesis ya no es posible. También «Catechesi Tradendae» se niega a dar la definición de catequesis; no es por evasión sino por sabiduría; no se puede determinar la acción catequética a partir de una definición «a priori». Se trata de acción y por eso mismo el reto está en unir tanto las situaciones como los fines, las operaciones y la visión. Hay que organizar los diferentes puntos de vista expresados por los obispos en el Sínodo. El texto lo hace a partir de un eje, el de la enseñanza. A partir del Cristo docente, intenta describir los diferentes aspectos de la catequesis. Para ser fiel al Sínodo, no se podía hacer de otro modo, pero esto mismo lo lleva a un discurso dividido.

En un espacio social todavía estable, pero en el que los instrumentos de comunicación comenzaban a aportar su movilidad; para una Iglesia todavía segura, pero en la que las nuevas pedagogías introducían prácticas inéditas, «Catechesi Tradendae» intenta situar su responsabilidad y unir lo antiguo y lo nuevo, de ahí el sentimiento de dualidad de un texto dividido. Y cuando «Catechesi Tradendae» se refiere a los principios, de hecho su referencia es a la catequesis clásica, que aparece como la norma pero de hecho se emplaza en el tiempo. También debemos ir más lejos para darnos cuenta de las bases sobre las que se fundamenta nuestro texto, y pasar de la breve historia de los treinta últimos años a la historia más amplia de los cinco últimos siglos.

ANTES DEL TEXTO

La catequización clásica

Catequización, mejor que catequesis. En francés, no es el caso en otros países, la palabra «catequesis» desapareció del uso común al final de la Edad Media; toma el relevo la palabra catecismo, entendido tanto como la institución que enseña a los niños y a los adultos —el Concilio de Trento pedía una enseñanza del catecismo cada domingo después de mediodía en las parroquias— como el librito que lo acompaña. La palabra catequesis volverá a usarse en Francia en 1950, cuando se crea el Instituto Superior de Catequesis, en el que Liégé dio un curso de teología catequética. Pero en los siglos de la época moderna, en el sentido de los historiadores, es decir del Renacimiento del siglo XVI hasta el XX, la catequesis toma la forma de «catecismo». No podemos medir la fuerza de la acción emprendida a partir del XVI, empresa a la vez pedagógica, social y religiosa. En síntesis, se trata de proponer la enseñanza dirigida a todos, enseñanza de autoridad de la totalidad del mensaje, con una pedagogía de preguntas y respuestas cuya intención es comprender y saber. Jean Delumeau describe tal empresa en estos términos:

«Una afirmación apremiante —que no era o que era poco medieval— tomó consistencia en la mentalidad de las élites cristianas bajo

la forma siguiente: la ignorancia religiosa es causa de condenación. Sobre este punto, Lutero y San Vicente de Paúl, Calvino y San Carlos Borromeo, pensaron de forma idéntica. Los principales esfuerzos de las Iglesias de Occidente, a partir del momento en que tienen lugar las dos Reformas —que también fueron solidarias— desarrollaron su acción sobre el terreno, pretendieron enseñar la doctrina cristiana a las masas, particularmente a los campesinos, abandonados hasta entonces... De ahí la creación de academias y de seminarios... la multiplicación de escuelas... y el lugar tan importante del catecismo...²».

Tal es el origen de la catequización moderna (o de lo que, a veces, se llama el catecismo tradicional, ¡una vieja tradición de un poco más de cuatro siglos!). Tenemos, por vía de autoridad, cierta visión de Dios, del ser humano y del mundo, una determinada concepción de la vida cristiana, tanto del individuo como de la sociedad, un concepto y un modelo de la catequesis, «modelo» en el sentido más simple de la palabra: conjunto de elementos coordinados con vistas a la acción. Por su medio, se transmite la revelación y la Palabra de salvación en una sociedad dada, la sociedad moderna que nace, la Europa y los territorios relacionados con Europa por la colonización. «Catechesi Tradendae» se refiere a este modelo e intenta extender al máximo las capacidades. Retoma los elementos y las mismas palabras. La catequesis es «enseñanza», es el saber sobre una doctrina, saber prescrito por la autoridad y que se dirige a todos.

El instrumento para enseñar a todos toda la doctrina es, precisamente, el librito de catecismo como institución pedagógica que lo pone en marcha y lleva su mismo nombre. Porque en el XVI, en el momento de su aparición, el catecismo representa la señal de la modernidad; llega con la invención de la imprenta y coincide con la expansión de Europa a través del mundo. Será el instrumento de difusión del cristianismo, tanto protestante como católico, a través del planeta. Instrumento didáctico: fórmulas en forma de

² Jean DELUMEAU, *Leçon inaugurale au Collège de France*, p. 22.

preguntas y respuestas que se encontrarán traducidas a todas las lenguas. El libro de catecismo se hará manual de alfabetización y, a decir verdad, el primer manual educativo para numerosos pueblos. Es decir, constituye el instrumento de realización de una cultura para los pueblos de Europa, para los territorios por ella colonizados; o sea, de Occidente. En este sentido, la operación de catequización, tal como se desarrolló desde el siglo XVI al XX ha sido una operación prodigiosa de inculturación, es decir, de implantación de los elementos de la cultura para las poblaciones de Occidente. Tal operación no tiene nada equivalente en la historia. Jean Delumeau compara el catecismo con el pequeño libro rojo de Mao Tzédong. Tal operación tuvo éxitos diversos, pero cimentó el zócalo de nuestras culturas, el terreno sobre el cual pisamos, y que no podemos ignorar. No voy a describirla en detalle, simplemente subrayar cómo se realizó tal operación y cómo los efectos de ésta están todavía presentes hoy.

El primero es su importancia en el tiempo y el espacio. Para mí, el punto de arranque, y en esto estoy de acuerdo con D'Hôtel, es el breve catecismo de Calvino (1541). Por cierto, antes hubo el de Lutero (1529) pero el de Calvino es el primer texto que se considera completo, sistemático y totalmente construido por preguntas y respuestas. Un punto concreto como ejemplo: en el de Lutero, la Escritura Santa es la fuente de la pregunta; la estructura del capítulo es así: texto escriturario, desarrollo y comentario, pregunta y respuesta. En Calvino tenemos lo contrario: pregunta y respuesta que puede eventualmente ser un texto de la Escritura. Es decir, en Calvino, la Escritura misma se somete a la pregunta. Por cierto, se da en paralelo la lectura de la Biblia en los protestantes y en los católicos, con la historia sagrada y la liturgia, pero son las fórmulas, acompañadas por preguntas y respuestas, quienes estructuran el texto y la visión del mundo.

Tal operación llena todo el espacio. Está destinada a todos. Además, hasta el Vaticano II, la preparación de los adultos para el bautismo consistía en hacerles aprender el texto destinado a los niños. Visto el éxito, haremos catecismos de todo: de la liturgia y de las virtudes, y también de la política y de las costumbres, del libertinaje (siglo XVIII) o el catecismo de los esclavos en las colonias. Donde llegan las iglesias cristianas se difunde así, en

todos los territorios, el mismo tipo de pensamiento, con las mismas categorías y las mismas palabras. Esto hizo que se pudieran preparar misioneros en Europa y enviarlos hasta el fin del mundo; encontraban problemas de traducción pero no de lenguaje. Por ejemplo, en Quebec, la ciudad fundada en 1608, el texto de Ledesma, inspirado en Canisio, y traducido al francés, se tradujo luego a la lengua autóctona por el P. Juan de Brébeuf, en el año 1629. Lo que quiere decir que se impone a los autóctonos la visión racional del mundo, que constituye en Europa la cumbre del pensamiento. En los países de lengua española, las cosas irán más lentamente por dos razones: la Conquista se efectuó antes del Concilio de Trento y los primeros misioneros, franciscanos o jesuitas, produjeron con la ayuda de artistas indios, documentos que no son nociones abstractas formuladas en palabras, sino objetos mostrados por imágenes. Queda claro que en el espacio cubierto por el cristianismo protestante y católico durante cuatro siglos, fueron los mismos conceptos fundamentales de la doctrina: Dios, la salvación, el bien y el mal, los que se imponen con la misma lógica a todos, en nombre de lo absoluto de Dios. Ciertamente, había un contexto social que llevaba al saber; una vida litúrgica, fiestas, devociones que venían de muy lejos, de la milenaria Edad Media, en la cual no se dio al pueblo ninguna enseñanza sistemática.

También tuvo importancia en el pensamiento. El catecismo induce un modo de pensar, el de una racionalidad gracias a la cual cada cuestión encuentra su respuesta y tanto cuestiones como respuestas estructuran la visión del mundo y se expresan en conceptos abstractos que conviene «explicar» y «comprender». Las palabras clave del texto de Calvino y los mismos imperativos se repiten en los textos católicos. Así «en cuántas partes debemos dividir este punto para comprenderlo»; y esto, un siglo antes de Descartes. Una ilustración sobre esto: la palabra «misterio» cambia de sentido en el siglo XVII y se hace un concepto cuya definición se va a repetir hasta el siglo XX: «Es una verdad que no se comprende pero que se debe creer», ¡es la categoría clara que define lo oscuro! Y pasa otro tanto con la plenitud de la luz divina o el gesto teatral o sacramental de la Edad Media. Teología y catequesis están en dependencia estrecha una de la otra. Como lo señala Delumeau, los seminarios y academias que se desarrollan tienen

la intención común de combatir la ignorancia religiosa; no hay desviación de uno a otro. La misma cultura católica, religiosa y racional se difunde, desplegándose simplemente, según los diversos niveles educativos de sus interlocutores. La teología se ordena en «tratados» correspondientes a la enseñanza de la doctrina; el catecismo los vulgariza; las preguntas y las respuestas son, por tanto, un juego mnemotécnico. Es una forma de discurso que induce una lógica y es una lógica racional. Conocer es, primero, registrar cierto número de conceptos y ser capaz de dar cuenta de ellos explicándolos. Se trata de «comprender» y «de explicar» la religión y, a través de ella, el mundo. Y esto «es útil».

Fue una operación cultural sin equivalentes, cuyos efectos quedan y cuya fascinación todavía ejerce; nuestras sociedades guardan la marca no sólo en el terreno religioso; es raro que una cuestión de debate no suscite la vuelta de las conceptualizaciones de la catequización clásica. Incluso en el campo cultural basta con tener el oído un poco atento para encontrar en el discurso diario, —particularmente el caso de los medios de comunicación— palabras, conceptos, actitudes, que quedan de lo que fue el discurso de los catecismos. Tan pronto como aproxima lo religioso, y no solamente lo religioso, surge a la superficie tal relación arcaica, desconectada del tejido vivo que la engendró, y las palabras se pasean en el lenguaje diario como piedras erráticas dejadas allí por la morrena de la modernidad. Pensemos en el uso de palabras como «pecado original», «pecados capitales», «confesión», «sacrificio», «satisfacción», «Dios», «salvación» etc. y a través de estas palabras emerge una visión del mundo. En este sentido, Calvino y sus sucesores protestantes, como los católicos, tienen que ser considerados entre los fundadores de la modernidad. El libro del catecismo fue uno de los instrumentos privilegiado de la difusión de la racionalidad moderna.

La renovación catequética

Este modelo de catequización clásica, en la perspectiva de los años cincuenta y sesenta representaba el pasado, del cual se alejaba; una concep-

ción arcaica y obsoleta de la catequesis. Y hay que reconocer que lo era. Una enseñanza de autoridad, repetitiva, fijada en fórmulas preconcebidas, servía de «videtur quod non» (lo que no es) a la renovación pedagógica. En una perspectiva que representaba las cosas como una evolución lineal, parecía ser la etapa anterior, la que ya había caducado. Era difícil aprovechar lo que había sido novedad en el siglo XVI.

Podemos decir que el siglo XX ha sido, en el trabajo catequético, la puesta en crisis de las formas de ver y de las prácticas recibidas hasta entonces y que habían dominado los cuatro siglos anteriores. Lo que se llamó la renovación catequética, o el movimiento catequético, se tiene como algo opuesto a lo que se llamaba entonces la catequesis, o mejor, el catecismo tradicional. «Catechesi Tradendae» se esfuerza por mostrar la continuidad entre los dos momentos; menciona y, por eso mismo, avala la renovación catequética; insiste: «la catequesis necesita una renovación continua con cierta ampliación de su mismo concepto, de sus métodos, en la búsqueda e investigación de un lenguaje adaptado, en el aprovechamiento de los nuevos medios de transmisión del mensaje». (17)

Después, el texto prosigue: «Esta renovación no siempre tiene un valor igual y los Padres sinodales han querido reconocer con realismo, junto al progreso innegable de la actividad catequética y de las iniciativas prometedoras, los límites y hasta las deficiencias de lo que se ha realizado hasta ahora. Estos límites son particularmente graves cuando corren el peligro de atentar contra la integridad del contenido...». Diciendo esto, «Catechesi Tradendae» da cuenta de una tensión, o incluso de lo que llamaré una «confrontación» que, a mi juicio, dominó el trabajo catequético del siglo XX. Esta renovación, en efecto, se puso en juego bajo la égida de una ruptura, incluso de una oposición con lo que se había hecho anteriormente. Toda iniciativa nueva parecía inscribirse en contra de las maneras anteriores de hacer. Esto hacía sentirse mal a los catequistas, sea porque se defendían de tal oposición, o porque se les reprochaba. En este sentido, «Catechesi Tradendae» tiene en cuenta, de una manera irénica, una dificultad real de la que no estoy seguro que haya desaparecido. No basta, en efecto, con apelar a la sabiduría, al coraje o a la fidelidad para salir de la ambigüedad. Hay algo más en juego.

Cómo interpretar el trabajo considerable que se ha realizado en el siglo XX, sino como la caída, pieza a pieza de lo que he llamado la catequización clásica, y esto, movido por la necesidad. Lo primero que se pone en cuestión es el aspecto pedagógico, con el método de Munich (Stieglitz, 1905) y con Quinet y Boyer (1910) en Francia. Ya no es más el texto obligado, aprendido y más o menos comprendido, quien determina la empresa, sino la comprensión misma. Comprensión que era el proyecto de salida en el siglo XVI, pero aquí llevado hasta las últimas consecuencias: el ser humano es quien se hace norma de la comprensión. Por tanto, ¿qué comprende el niño en ese texto? María Fargues, publica en 1946, «Tests colectivos de catecismo», tomando el método de encuesta de Piaget en sus obras sobre el desarrollo de la inteligencia, con el fin de comprobar la comprensión que los niños tienen de los principales conceptos de la enseñanza religiosa. El resultado es asombroso: la inmensa mayoría de las palabras empleadas sobrepasan las capacidades de los niños. Se trata de comprender, pero la palabra comprender, en el siglo XX, se refiere no solamente a la coherencia del discurso enseñado como en el siglo XVI, sino a la capacidad de recibir del sujeto. ¿Qué sería una enseñanza no comprendida ni aceptada por el sujeto? El reto vale tanto para la pedagogía profana actual (basta seguir un poco los debates sobre la enseñanza actual) como para la enseñanza religiosa. Es un cambio completo.

Es, pues, el contenido y sus formulaciones quienes se encuentran en tela de juicio. Los textos de la Escritura o los que provienen de la liturgia ocupan su sitio en la catequesis, más que las nociones teológicas. «Catechesi Tradendae» se refiere explícitamente a esto cuando evoca: «la memorización de las palabras de Jesús, los pasajes bíblicos más importantes». De esta manera, la cuestión de la totalidad del mensaje y de su carácter sistemático tomaba otro aspecto: cómo dar cuenta e inscribirlo en textos y discursos cuyo enfoque y cuyo género literario sean muy distintos a los de una exposición racional. Es significativo que alguien como Joseph Colomb hubiera conservado en sus manuales el texto e incluso las preguntas y respuestas del catecismo nacional.

Esto significa que el acuerdo entre teología y catecismo, que había sido la clave del período clásico, no daba ya más de sí; y no sólo eso, sino que

parecía imposible en estas condiciones. Desde el principio del ISPC en 1950, François Coudreau invitó a los colegas de la facultad de Teología a reunirse cada semana para trabajar con los estudiantes y los catequistas. Así, Daniélou, Holstein y otros, vinieron para escuchar, discutir, sugerir y confrontar con el trabajo diario. Pero el giro no fue absorbido del todo. «Catechesi Tradendae» hace alusión y habla de un equilibrio inestable entre Catequesis y Teología (61), y lo explica por el riesgo de confusión entre «las verdades ciertas» y «las búsquedas», pero la catequesis y la teología evolucionan en lo sucesivo en universos en los que las referencias son diferentes. En otras palabras, ya no era evidente que la teología diese respuesta a las demandas de la catequesis; y, a menudo, los catequistas tenían el sentimiento de no disponer de «una» teología que respondiera a su forma de trabajar. Pero decir «una», ya es tomar posición; sin duda tendrían varias, y esto remitía de golpe la cuestión a los teólogos; y quienes ensayaron en el siglo XX a dar respuesta a tal desafío, Jungmann con la «Teología kerigmática» (*Verkündigung theologie*, 1935) o Liégé con la «Teología pastoral» (1953) no fueron acogidos con los brazos abiertos, y es lo menos que se puede decir. El tiempo, cierto personalismo, pareció permitir la articulación en torno a temas bíblicos, por ejemplo; pero enseguida aparecieron los límites de la empresa; la cuestión surge a cada nuevo paso y los diferentes enfoques están llenos de teología, no sólo en cuanto al contenido sino también en cuanto al proceso que es necesario aclarar cada vez. Es una obra nueva y que, a mi parecer, todavía queda abierta.

Por fin, la hegemonía del modelo catequético hace crisis. «Imposible» enseñar el mismo texto a todos; hay que tener en cuenta el medio, las mentalidades, o las culturas. El siglo XX vio multiplicarse las catequesis, pero también las confesiones de la fe, provenientes de instancias muy autorizadas. «Catechesi Tradendae» toma nota de esto (28) y, sobre todo, se complace en enumerar ampliamente las diferentes instancias, o los diferentes lugares donde se puede desarrollar la catequesis, desde la parroquia hasta la escuela y la familia, en un tipo de organigrama de la Iglesia concreta. A partir del centro que sería la catequesis ideal, se difunde en diferentes lugares y según los mismos criterios. Es decir, tenemos una imagen centrífuga de la acción de la Iglesia, lo que permite además volver al centro, es decir,

a una visión común con la mediación de algunas ayudas y pocas dificultades, que permitan la unidad de la acción catequética.

Esto es posible sólo porque se representa el campo social en el cual se celebra la catequesis como algo homogéneo, y englobante con relación a este campo. Este fue el caso en la edad clásica, es decir, que el «todo para todos» iba a ser sencillo ya que todos, en suma, se reunían y habitaban el mismo mundo, el que imaginaba el occidente cristiano, el mismo «espacio» geográfico, social y cultural. Hasta la mitad del siglo XX, la diversidad de las producciones catequéticas conservaban la idea de esta unidad, pero las sociedades del siglo XX, y más todavía las del siglo XXI, no presentan ya esta homogeneidad. En 1963, una conferencia de Joseph Bournique, marcó el giro; introdujo el concepto de «mentalidad». La catequesis no podía correr con el gasto de un estudio de las diversidades sociales, y para hacerlo, las ciencias humanas ofrecían los instrumentos modernos. ¡Imposible vivir en el siglo XX con una psicología y una sociología del siglo XVI, incluso del Medioevo!

La continuidad

La renovación catequética del siglo XX supuso la ruptura con la catequización clásica en su triple punto de vista: del contenido, del sujeto, y del método. «Catechesi Tradendae» lo reconoce e intenta hacer frente a esta situación ajustando lo mejor posible las diferentes demandas, incluso los puntos de vista opuestos; de ahí las expresiones «hace falta» «pero...», anotadas al comienzo. Aunque hay ruptura entre la catequización clásica y la del siglo XX, ésta se refiere a los métodos, los contenidos y la diversidad de los espacios, sin embargo queda un punto de continuidad entre la catequización clásica y la renovación catequética. Brevemente, se trata de la racionalidad. Desde Calvino, se trata de «comprender» y de «explicar»; es un acceso al mensaje cristiano por el conocimiento, pero un conocimiento que moviliza las energías de la razón. Todo lo demás está subordinado a lo anterior. Así, la liturgia: Bossuet y otros, harán un catecismo litúrgico y Fleury no tendrá éxito: su catecismo bíblico será inscrito en el Índice. La

racionalidad llevada a cabo en las preguntas y respuestas invadió la totalidad del campo religioso, haciéndose norma del conocimiento y de la vida cristiana. Este es el sentido de la catequización moderna: honra al sujeto humano por su inteligencia, como sujeto capaz de conocer.

En la renovación, tal como se halla a lo largo del siglo XX, se trata siempre de comprender y de explicar bien, aunque con otros instrumentos pedagógicos, pero retomando los métodos activos o las pedagogías nuevas: el llamamiento a la experiencia, la pedagogía activa, la importancia dada al aprendizaje, que tienen como finalidad permitir al ser humano, niño, joven o adulto, asumir su cristianismo como sujeto inteligente, es decir, racional. Pero, ¿de qué racionalidad se trata y a qué precio? La manera en que la modernidad ha pensado en el ser humano por su razón filosófica, y además por la acción de la razón en las ciencias, y que Occidente ha pensado que es universal, de repente parece que se pone en cuestión. El catecismo moderno ha funcionado según esta racionalidad, la de comprender y de explicar, la del debate y de la prueba. Ha sido una de las expresiones y uno de los instrumentos.

Ahora bien, ya no estamos en el mismo mundo; no es que la racionalidad moderna esté caduca, se mantiene y no se quedará detrás de las Luces. Pero no es la única ni puede pretender ser hegemónica. La mundialización confronta a los seres humanos y a las distintas tradiciones y hace estallar la unidad de la racionalidad moderna tal como era entendida hasta el siglo XX. Sin emplear grandes palabras, «post modernidad», «nuevas racionalidades», ¿qué significa esto, sino la forma en que los seres humanos se representan y piensan que su mundo está a punto de estallar no sólo en medio de la racionalidad científica, sino en medio de otras formas de pensar? Lo vemos en los debates sobre «la universalidad de los derechos humanos», o a partir de los «valores occidentales o asiáticos». Y no son simplemente los efectos de la mundialización y con ellos el hecho de que la emigración haga convivir diariamente y de forma inmediata a personas de distinto origen y tradición; la búsqueda tiene lugar en el interior mismo del movimiento del pensamiento occidental y de modos de pensamiento que asuman la totalidad de lo humano. Bajo denominaciones diversas, lógica de la comunicación de

Habermas, lógica simbólica, antropología..., la atención se centra en los múltiples modos de funcionar el conocimiento y la experiencia humana y, más específicamente, la experiencia religiosa. No es cuestión de etiquetas; aquí las etiquetas cuentan menos que el trabajo de pensamiento sobre las relaciones complejas que se establecen en un grupo entre los diversos aspectos de su existencia y la manera en la que la tradición de la fe toma forma.

Un ejemplo de la atención necesaria a la diversidad: en una encuesta de 1971 Plozevet habla de dos cristianismos, de dos formas de piedad:

«La piedad austera, represiva, conforme con el rigor que la Iglesia se opone, sobre todo a partir del siglo XX, al auge alegre de la cultura campesina. En frente, la piedad tradicional de los Plozevetios, sensible a las formas más elementales de lo sagrado, que se podría calificar de pre-cristiana y que prefiere la participación interesada y liberadora al fervor, que jamás separa la ceremonia de la fiesta, el recogimiento del éxtasis y de la alegría»³.

Esto nos remite a las cuestiones fundamentales que conciernen a la fe y a la posición de la comunidad creyente, es decir, de la Iglesia en la sociedad. Es muy posible que ciertas formas nuevas de religiosidad respondan a estas cuestiones; o al revés, que el éxito de ciertos grupos provenga de que su discurso esté en homogeneidad perfecta entre las lógicas binarias de la mundialización. Encontramos en efecto, en el terreno religioso, y, a veces, entre las mismas personas, por una parte la religiosidad racional erigida en sistema y que acaba en formas de fundamentalismo sobre lo que hay que creer y hacer, excluyendo toda otra forma y en perfecta correspondencia con los modos de racionalidad binaria del sistema económico; y por otra, el resurgir de la fiesta, de la exuberancia, de la irracionalidad religiosa. La época moderna había conseguido dominar las tensiones entre las dos y asegurar el equilibrio posible por el orden cristiano. Pero esto no siempre ha sido así.

³ André BURGUIÈRE, *Bretons de Plzevet*, Flammarion, Paris, 1975, p. 253.

DESPUÉS DEL TEXTO

El Mensaje al Pueblo de Dios

«Catechesi Tradendae» abre un espacio, pero no lo llena; de ahí cierto sentimiento de decepción. No es un texto que resuelva los problemas planteados: simplemente indica, abre, no cierra a la manera en que lo hizo el Concilio de Trento. Invita a continuar o a crear otras perspectivas. Existe, en efecto, otro documento menos conocido, nacido del mismo Sínodo de 1977 que fue propuesto por los obispos al final del mismo, que también trata sobre catequesis. Es el «Mensaje al Pueblo de Dios sobre la catequesis».

«Catechesi Tradendae» lo menciona pero sin repetir las categorías que son las suyas, ya que la originalidad de tal documento es, precisamente, que se atreve a poner de manifiesto lo que está en juego en el acto catequético, sean cuales fueren las situaciones o los interlocutores. En suma, la misma cuestión de Agustín al principio del «De Magistro»: «qué pasa cuando hablamos» y que una larga lista de teólogos y de pastores intentará alumbrar a lo largo de la tradición.

Para hacerlo, el «Mensaje al Pueblo de Dios» se refiere a lo que fue la primera y ejemplar experiencia de catequesis: la del catecumenado bautismal, tal como se hizo en el siglo IV y tal como tomó vida a partir de los años cincuenta y el Vaticano II. A través del desarrollo que cada uno conoce, se pusieron en obra tres dimensiones que retoma el «Mensaje al pueblo de Dios» y que remite a «Evangelii Nuntiandi»: la catequesis es Palabra, la catequesis es memoria, la catequesis es testimonio. Estas categorías permiten tomar el acto catequético en su unidad; las tres son inseparables y se pueden llevar a cabo de múltiples maneras. Sobre todo, estas categorías ofrecen criterios para situar y evaluar la acción catequética, porque no todo discurso es palabra; quien dice palabra, en efecto, dice comunicación, intercambio, dar y recibir entre dos o más interlocutores. Desde entonces: «No toda enseñanza, incluso sobre un tema reli-

gioso, es catequesis. En cambio, toda palabra que afecta al hombre en lo concreto de su existencia y le invita a volverse hacia Cristo, puede hacerse palabra catecumenal» (8). Por tanto, en la acción catequética, lo decisivo no es el contenido por sí mismo, ni sus modalidades —enseñanza, predicación, doctrina, mensaje— sino este intercambio específico que es la palabra emitida como palabra de Dios y a la que el ser humano que la recibe, responde.

El mismo tipo de desplazamiento se hace a propósito de las otras categorías: la memoria y el testimonio; abriendo así un campo de investigación que no debe contentarse con definir la catequesis por tal o cual aspecto de su contenido o de su puesta en marcha, o por tal programa o tal método, sino por la acción interhumana que pone en juego diversos aspectos, inseparables unos de otros. La coherencia del acto catequético le viene de este enfoque, en último término teológico. Hay que anotar, además, que la palabra clave del «Mensaje al Pueblo de Dios» no es la palabra «enseñanza», sino la de «de iniciación». Es otra razón, porque quien dice iniciación dice etapas, es decir desarrollo en el tiempo, continuidad y novedad a la vez, camino, umbrales o pasajes. Tal era el antiguo catecumenado y, paradójicamente, tal visión es un aspecto creciente en nuestra sociedad en la que el ser humano se tiene a sí mismo, cada vez más, como en movimiento, no cercado por un orden definitivo, sino en continuo descubrimiento y formación permanente.

En la mundialización

En pocos años, se ha tomado conciencia de los cambios traídos por la mundialización. Las fronteras se vuelven móviles, fronteras políticas, fronteras sociales. Los muros caen y se erigen otros nuevos, pero la bipolaridad se acaba y con ella la edad clásica. Estamos, en lo sucesivo, en un mundo multipolar en el que Occidente, —las crisis nos lo enseñan— no puede pretender representar la única norma. Surgen fronteras culturales a causa de los movimientos de población, de la emigración; cada uno encuentra el mundo al alcance de la mano y en sí mismo. La idea de progreso y de linea-

lidad se difumina. La geografía gana por la mano a la historia, y el espacio al tiempo.

Las antiguas categorías se quedan demasiado cortas para asir lo que viene; esto ocurre con el binomio secular/religioso, la pertenencia o la identidad; estamos en un «entre dos», en un mestizaje. ¿Es esto el caos? No. Es solamente la gran mezcla y la uniformización de la grisalla. Son, simplemente, situaciones múltiples y extremadamente diversas que «Catechesi Tradendae» no podía prever. En estas situaciones, lo que viene de siglos pasados no está ausente, pero reproducirlo sería traicionarlo, ya que el contexto es muy diferente. Se trata de rehacer, en la edad de la mundialización y del Internet, lo que nuestros predecesores hicieron en la edad de la imprenta y de los «grandes descubrimientos»; se trata de pensar en la novedad de las situaciones presentes y de hacer llegar lo que lleva consigo la Palabra evangélica.

Los documentos nacidos del Sínodo de 1977 —treinta años— nos han permitido elaborar algunas notas. Se trata siempre del mismo trabajo, del ser humano que, hoy como antaño, busca hacer comprender y asumir la Palabra, dentro de las formas de existencia y de conocimiento que le son propias.